

CARLOS II



El retrato de Carlos II, "El Hechizado", fue pintado por Carreño de Miranda en el año 1671 mediante la técnica del óleo sobre lienzo. El príncipe tenía la edad de diez años cuando posó ante el pintor asturiano que ejercía como tal en la corte española de los Austrias en la segunda mitad del siglo XVII. El cuadro se enmarca dentro del Barroco español.

El artista opta por el retrato de cuerpo entero dentro de una habitación y lejos de mostrar las taras del heredero al trono de España las disimula pues aún quedaba un poco lejos la valentía de mostrar a los personajes ilustres tal como eran. La captación o introspección psicológica había que posponerla hasta la aparición en la escena artística de Goya; no obstante el retrato de Carreño permite identificar al

personaje de acuerdo con las descripciones históricas que se han hecho. El aspirante a rey de España aparece a tamaño natural, vestido de negro, porque este color era típico de la dinastía austríaca, dentro de un espacio interior conseguido perfectamente. Las baldosas del suelo, dibujando un tablero de ajedrez, son el recurso del que se vale el pintor para crear la profundidad, la perspectiva, que por otro lado se puede deducir al identificar las tres dimensiones del plano, la horizontal o longitudinal que se vislumbra detrás de la mesa, la perpendicular a esta o ancho detrás del príncipe y siguiendo el porte erguido de la figura la vertical, pero lo que destaca dentro del conjunto es el dominio de la perspectiva aérea, la captación de la atmósfera a través de la luz, envolviendo todo el escenario. Es aquí, en el empleo de estos recursos en los que se ve la herencia, mejor la influencia, de Velázquez en lo que se ha considerado la Teología de la Pintura: Las Meninas. El gran maestro del siglo XVII español siguió influyendo en siglos posteriores porque el lienzo "Después de una huelga" de José Uría Uría en el año 1895 representa esa atmósfera Velásquez tal como lo afirma el historiador del arte Javier Barón. La luz es fundamental y en este cuadro procede del flanco derecho iluminando directamente el rostro del retratado e irradiando sobre el traje negro en el que se perciben zonas más iluminadas y otras más oscurecidas a la vez que proyecta la regia sombra hacia el cortinaje. Esa luz es la que permite que nos detengamos a la hora de contemplar el cuadro en el pavimento, en la mesa, en los espejos, en los cortinajes, en lo que podríamos denominar elementos secundarios, pero que no lo son por el significado que tiene. ¿Por qué recurre a esta estrategia el pintor?. La razón no es caprichosa, tiene su justificación y es que

Carreño a través de ellos expresa las notas características de la estética barroca. El cortinaje recogido hacia un lado apareció con la pintura veneciana del siglo XVI, recordemos a la Venus de Urbino de Tiziano, y después con la Venus del Espejo de Velázquez o algunos lienzos de Zurbarán..., este elemento significa grandeza y en el caso de reyes y príncipes subraya la majestad de su persona. La mesa, cuyos elementos sustentantes son leones, que además descansan su pata derecha sobre una esfera -la bola del mundo. España aunque en una situación decrepita sigue siendo un imperio-, es un ejemplo de la majestad y de una de las atribuciones de esta es, en el contexto de la monarquía absolutista, el desempeño del poder judicial: la justicia. El león es el rey de la selva y estamos ante el retrato de un futuro monarca. Ahondando en el tema simbólico no podemos dejar de lado el espejo. En primer lugar es un recurso al que ha recurrido Jan van Eyck en el siglo XV, en el año 1434, al pintar el Matrimonio Arnolfini, posteriormente Quentin Metsys lo incorporará en el siglo XVI y en el siglo XVII Velázquez en la Venus del Espejo y en Las Meninas. El espejo sirve para recrear el espacio virtual, el que no vemos y además induce a la sensación de aumentar el espacio si este es reducido porque aquí no asistimos a una gran habitación como vemos en Las Meninas. Gracias a él podemos ver que la habitación estaba decorada por lienzos al igual que en la obra maestra de Velázquez. La decoración del espejo con águilas remarca la majestad del cuadro, pues el águila se considera la reina de las aves; no obstante el espejo en el Barroco tiene otros significados como pueden ser el conocimiento de sí mismo, la pureza, la verdad e incluso el símbolo de la divinidad; no estamos ante una teocracia, pero la monarquía absolutista en España está claramente ligada a la Iglesia, a una iglesia que sale triunfante del Concilio de Trento. En resumen no queda más remedio que aceptar la influencia del gran maestro español del siglo XVII, Velázquez, fallecido en el año 1660. Otro legado de este es la pincelada que tiende a ser suelta, libre, pudiendo distinguirse la huella de la misma en algunas partes de la obra mientras que en otras están totalmente lisas. Finalmente la pose con la mano derecha en la que tiene un papel recuerda mucho a algunos cuadros de otro pintor barroco inglés Van Dyck.

El lienzo catalogado dentro de la escuela madrileña barroca se clasifica dentro del género retrato cortesano.